Entre literatos anda el juego: Clarín y sus colegas asturianos contemporáneos

José María Martínez Cachero

Junta General del Principado de Asturias

AULA PARLAMENTARIA

Entre literatos anda el juego:
Clarín y sus colegas asturianos contemporáneos

Junta General del Principado de Asturias

AULA PARLAMENTARIA

Sesión del Aula Parlamentaria
de la Junta General
del 18 de abril de 2001

© Junta General del Principado de Asturias
Edita: Junta General del Principado de Asturias
Diseño: Elías
D.L.: AS-2.444/2001
Imprime: I. Gofer

Entre literatos anda el juego: Clarín y sus colegas asturianos contemporáneos

José María Martínez Cachero

Presentación

Mª Jesús Álvarez González
Presidenta de la Junta General del Principado de Asturias

Buenos días, señores y señoras.

Celebramos hoy una nueva sesión del Aula Parlamentaria de la Junta General del Principado. Una sesión muy especial, en la que el Parlamento de Asturias quiere rendir homenaje a uno de los más grandes escritores de la literatura del siglo XIX: Leopoldo Alas, "Clarín". La Junta General quiere unirse, de esta forma, a los actos de conmemoración del centenario del fallecimiento de Clarín que proliferan no sólo en Asturias, sino en todo el Estado español. Y hemos decidido hacerlo con una conferencia que impartirá, a continuación, el catedrático emérito de Literatura Española de la Universidad de Oviedo José María Martínez Cachero, titulada "Entre literatos anda el juego: Clarín y sus colegas asturianos".

Al profesor Martínez Cachero le agradezco sinceramente la deferencia que ha tenido al aceptar la petición que le realizamos desde el Parlamento asturiano para disertar so-

bre algunos de los aspectos que él considera más interesantes de la vida y obra de este escritor asturiano universal. Y debo darle las gracias especialmente por el esfuerzo que ha realizado para estar hoy con todos nosotros, a pesar de sus múltiples ocupaciones, que se han visto incrementadas en los últimos meses con los diferentes preparativos para conmemorar el centenario del fallecimiento de Clarín, como se merece este irrepetible escritor, crítico literario, intelectual ideológicamente avanzado, profesor universitario, gran tertuliano, republicano toda su vida y concejal en el Ayuntamiento de Oviedo, entre otras múltiples facetas.

Hoy, por tanto, tenemos el honor de contar con el profesor Martínez Cachero para hablarnos sobre Clarín, para ofrecer este sencillo homenaje a un hombre cuyo centenario de su muerte se celebrará -o, al menos, así lo queremos todos-, tal y como se merece, intentando restituir en lo posible otras efemérides de Clarín que prácticamente pasaron inadvertidas en Asturias por los difíciles tiempos -terribles tiempos, diría- que se vivían cuando se produjeron. Me refiero, concretamente, al cincuentenario de su muerte, que tuvo lugar en 1951, y al centenario de su nacimiento, en 1952. Estos dos acontecimientos fueron olvidados por el Ayuntamiento de Oviedo, en el que Clarín fue concejal, mientras que la Universidad de Oviedo organizó una serie de conferencias, la primera de ellas pronunciada por el entonces rector, don Torcuato Fernández Miranda, que si bien le reconoció el rango de gran escritor, le descalificó condenando su ideología.

Sin embargo, no puedo ni debo pasar por alto que el señor Martínez Cachero reivindicó la figura de Clarín en esos

tiempos difíciles, de dictadura y posguerra. Y lo hizo en un artículo publicado en la página 12 del periódico "La Nueva España" el 27 de abril de 1952. Un valiente artículo titulado "Silencio sobre Clarín" en el que expresó su lamento por el casi silencio con que se celebraron en Oviedo esos acontecimientos, y su deseo de que tal olvido fuera reparado en los meses restantes del citado centenario.

El profesor Martínez Cachero es el primer experto en Clarín, la única persona que ha dedicado una gran parte de su vida básicamente al estudio de su obra y su personalidad.

De nuestro conferenciante de hoy podemos decir que ha tenido "una vida para Clarín", parafraseando así el libro sobre el escritor Andrés González Blanco que él publicó bajo el título "Una vida para la literatura". De su dedicación al estudio de la personalidad de Leopoldo Alas, comenzada tempranamente, durante los años de su Licenciatura en Filosofía y Letras (1941 a 1945), cabe destacar, entre otros muchos trabajos, dos antologías de los cuentos "clarinianos", la edición del libro de crítica literaria "Palique", dos ediciones de "La Regenta" y, cómo no, el libro "Las Palabras y los días de Leopoldo Alas: Miscelánea de estudios sobre Clarín", en el que reunió algunos de sus numerosos artículos de investigación y crítica sobre Alas. Añádase su participación en varios de los congresos internacionales celebrados en 1984 como homenaje al autor de "La Regenta", la que es, probablemente, la mejor novela española del siglo pasado.

Pero Clarín no es sólo el autor de "La Regenta". Quiero reivindicar aquí el resto de la obra de Leopoldo Alas, au-

tor de los cuentos más hermosos sobre temas asturianos. Tal vez "Adios, Cordera" sea la creación literaria más asturiana que existe y el comienzo de "Doña Berta" podría ser el párrafo más asturianista que se escribió nunca, el que refleja la mítica Asturias indómita; en prosa sería el himno de Asturias; un texto exagerado, de un fervor asturianista desbordado e ilimitado. Dice así: "Hay un lugar en el norte de España adonde no llegaron nunca ni los romanos ni los moros; y si doña Berta de Rondaliego, propietaria de ese escondite verde y silencioso, supiera algo más de historia, juraría que jamás Agripa, ni Augusto, ni Muza, ni Tarik habían puesto la osada planta sobre el suelo, mullido siempre con tupida hierba fresca, jugosa, oscura, aterciopelada y reluciente, de aquel rincón suyo, todo suyo, sordo, como ella, a los rumores del mundo, empaquetado en verdura espesa de árboles infinitos y de lozanos prados, como ella lo está en franela amarilla, por culpa de sus achaques".

Sin más dilación, doy la palabra al señor, al profesor don José María Martínez Cachero, que estoy segura nos deleitará a todos con su conferencia.

Profesor, cuando quiera.

Entre literatos anda el juego: Clarín y sus colegas asturianos contemporáneos

José María Martínez Cachero

Señora Presidenta de la Junta del Principado, señoras y señores Parlamentarios, alcaldesas y alcaldes de la Comunidad, biznieto del escritor a quien vamos a homenajear, señoras y señores:

Ante todo, María Jesús, muchas gracias por una presentación tan cordial y, además, con un recuerdo para mis viejos tiempos de "clarinista"… Nada menos que remontarse al año 1952, cuando ciertamente, al menos en esta ciudad, era mucho más difícil, mucho más peligroso, hablar de Leopoldo Alas, y hablar bien, que hacerlo en nuestros días. Pero entonces, gentes como Mariano Baquero Goyanes, como Emilio Alarcos, como yo -por desgracia únicamente soy yo el superviviente de aquel conjunto-, llevamos en alto la bandera de la reivindicación, y creo que conseguimos efectos positivos que, si no se notaron en aquel momento, se notaron pos-

teriormente y siguen notándose en nuestros días y ya en nuestro siglo XXI.

Para mí es una satisfacción enorme el haber recibido la invitación de la Junta General del Principado para disertar en su seno precisamente sobre Clarín, en su centenario, y debo decirles a ustedes que siento gran alegría por estar aquí esta mañana, entre ustedes, hablando de este asunto. Pensé: "Qué tema trataré yo ante esas personas en su propia casa", y pensé: "Como son gentes que habitualmente y día tras día se ocupan de política, acaso les convenga una cura de desintoxicación y entonces no voy a hablar de Clarín político, cosa que podría hacer, sino que voy a hablar de algo que sea Clarín, de algo que interese puesto que estamos en Asturias pero que no tenga nada o muy poco que ver con la política. Y este es el motivo de haber elegido el título que ustedes conocen, es decir: "Entre literatos anda el juego: Clarín y sus colegas asturianos contemporáneos".

La cátedra universitaria, primero en Zaragoza, curso 1882-1883, y al siguiente, ya en el 83, en Oviedo, y el obligado asentamiento de Leopoldo Alas en nuestra ciudad, redundaron en su trabajo de crítica literaria, quitándole o añadiéndole particularidades imposibles e impensables, cuando Alas residía en Madrid y era presencia muy bullidora en los cenáculos literarios. Años durante los cuales, desde 1875, más joven y acaso más vehemente en sus comentarios, empezó a hacerse un hueco y un nombre en la "República de las Letras". Uno y otro, el hueco y el nombre, se ensancharían y confirmarían con posterioridad, concretamente en es-

ta su etapa ovetense, que es la que va a ocuparnos en esta mañana.

Situado en Oviedo, lejos de Madrid, Clarín piensa que goza como crítico de una mayor independencia, y aparte de esto hay otras particularidades que conviene que destaquemos. Por ejemplo, la alternancia -ahora de forma intensa- de su quehacer crítico con la propia creación narrativa, que, iniciada tiempo antes, incrementa cuantitativamente en esta etapa a la que corresponden dos novelas extensas -una es "La Regenta-, varias novelas cortas y muchos cuentos.

Ha de advertirse que semejante labor creadora posibilitaba sin duda la mejor comprensión de la obra ajena, cuyos entresijos vendrían a resultarle casi familiares como alumbrados por su misma experiencia. Tal vez se deba a esto el que las reseñas críticas relativas a libros novelescos sean ahora frecuentes y, de ordinario, trabajos muy valiosos. Baja, sin embargo, la frecuencia con que Clarín se ocupa del teatro, género que en otro tiempo, cuando su estancia en Madrid como estudiante, ateneísta, opositor y periodista había sido el más atendido.

Desde Oviedo no puede ser asistente a los estrenos, si bien no deja de interesarse por el teatro y aprovecha cuantas ocasiones se le ofrecen para ponerse al tanto de lo que sucede; se vale para ello de medios tan diversos como la lectura de las piezas que se publican, el testimonio de algunos críticos y amigos solventes, las representaciones ovetenses a cargo de compañías no siempre principales y, por último, sus

contados y espaciados viajes a Madrid, útiles para conocer las novedades de sus escenarios.

Me pregunto si el malhumor crítico de Clarín se exacerbó en Oviedo, cuyo medio ambiente moral y cultural le enfada y hasta llega a irritarle. No entraré en la cuestión de si la Vetusta regentina es un traslado más o menos fiel del Oviedo contemporáneo, pero conviene que reparemos en el testimonio siguiente, contenido en una carta de Alas a Menéndez Pelayo del 12 de marzo de 1885, con motivo de la próxima llegada a Oviedo del catedrático Antonio Rubió i Lluch escribía Alas: "Precisamente aquí (es decir, en Oviedo), lo más tratable es el claustro universitario. Procuraré hacer del señor Rubió un amigo y facilitarle el trato de lo poco agradable que tenemos".

Pregunto: ¿era lo demás, lo demás de la ciudad, desagradable y por eso promovía y aumentaba el malhumor de Clarín? Sea de ello lo que fuere, es cierto que ahora se registra en la biografía y bibliografía clarinianas un considerable aumento de lances polémicos -sirvan de ejemplo los mantenidos con Luis Bonafoux y Quintero, 1887 y 1888, que le había acusado de plagiario, o con Manuel del Palacio, 1889, por si este era más o menos cantidad de poeta-, ingratos episodios en que ambas partes, Bonafoux y Clarín, Palacio y Clarín, llegaron al insulto personal y a la falta de respeto al adversario.

Como la salud de Leopoldo Alas va de mal en peor y la enfermedad paraliza en ocasiones su trabajo, se producen

momentos de desánimo (por ejemplo en el 87 y en el 88), momentos de insatisfacción; es entonces cuando, promovido por su propio dolor físico, por la muerte de los padres, por la ternura hacia la esposa y los hijos, aparece en su ánimo la consideración del dolor que puede causar con su pluma a los demás, lo cual puede hacerle remitir en su rigurosidad como practicante del llamado "sacerdocio de la crítica": "El mal que causa tu pluma, el daño que produce tu censura agria y fría en el amor propio ajeno es cosa tuya por completo; eres *creador* de algo en el mundo moral; de ese daño, de ese dolor. *No engendres el dolor*", diríase que le pide una voz misteriosa que oye como entre las nieblas del sueño.

Insatisfacción, acabo de decir, ocasionada también por la rapidez con que debe despachar su abundante tarea crítica destinada a la prensa, pues son muchos los periódicos que quieren contar con su colaboración fija. ¿Para qué tanto afanar? Sería por aquello de que "los 'paliques' son mis garbanzos o la cena mía y de los míos", ya que el sueldo de catedrático universitario no alcanzaba a cubrir todas sus necesidades; sería el deseo de estar siempre presente y actuante, sería también la ilusión de saberse leído y atendido, como ejerciendo un imperio absoluto, pero con todo, esta proliferación de colaboraciones ni le contenta ni le beneficia, pues qué pensarían algunos lectores y amigos de tanta vulgaridad apresurada y provisional que le lleva a las series inacabadas de artículos, a prometer continuaciones que no llegan nunca, a repetirse y a convertirse a veces en vacío y palabrero.

Tal abundancia de compromisos le conduce a escribir aquello que le resulta más fácil y que se sabe de éxito más seguro e inmediato; de ahí la gran cantidad de "paliques" que cubre estos años, una modalidad de crítica que los lectores piden porque les gusta ver cómo se mete Clarín con otra gente, divertido espectáculo. Él es consciente de esa debilidad y en el año 1893, al reunir en volumen algunos de sus "paliques", escribe fingiendo la opinión de sus lectores: "Eso, eso, venga de ahí… vengan 'paliques'; palo a los académicos, palo a los poetastros y a los novelis…tastros o trastos; en fin, palo a diestro y siniestro". Y concluye: "Algunos de los que esto piden deben de creer que 'palique' viene de palo".

Además de los "paliques" y de otras especies de la crítica clariniana -las lecturas, las revistas, los ensayos, los folletos literarios-, Clarín se mantiene en todo momento fiel a sus postulados: atención a las obras y autores que la merecen, que constituyen buen ejemplo en medio de la atonía y decadencia general; decir lo que piensa y decirlo siempre con el debido respeto y también, de paso, combatir aquello mediocre e ínfimo cuya circulación, cuyo éxito, a veces, puede engañar al inocente público lector.

Cuanto acabo de señalar lo hace compatible Leopoldo Alas con su condición de vecino de la ciudad de Oviedo, catedrático en su Universidad, tertuliano en el Casino, amigo de unas pocas y escogidas personas, paseante por el Campo de San Francisco, lector empedernido…

En el espacio temporal que he acotado, la literatura asturiana estaba integrada por la obra de aquellos autores que, como el mismo Leopoldo Alas, utilizaban el español como vehículo expresivo y por aquellos otros que preferían el bable para sus versos líricos o festivos. Salvo excepciones -de nuevo Alas, o Juan Ochoa-, los primeros residían en Madrid, lugar más conveniente para el ejercicio de su profesionalidad literaria -la de un Palacio Valdés, o un Campoamor, pongo por ejemplos más relevantes-, en tanto que los poetas bablistas, no profesionales de la literatura -músico y tipógrafo fue Teodoro Cuesta; industrial, Juan María Acebal; empleado en la administración estuvo José Quevedo-, eran vecinos de la patria chica, manteniendo contacto diario con su paisaje y su paisanaje, motivo principal de sus composiciones.

Ocurre que el abuelo paterno de Clarín, que se llamaba Ramón García-Alas y González-Pola y fue durante años (entre 1814 y 1841) profesor de Matemáticas en el Real Instituto "Jovellanos" de Gijón y que, según Canella Secades, "era persona de claro ingenio y variada instrucción", alguna vez compuso versos en bable como el regocijado e intencionado "Diálogo político en 1833", y con título más aclaratorio, "Diálogo en bable entre dos aldeanos, el uno contrario y el otro adicto a la Reyna" (que lo era María Cristina de Nápoles, viuda de Fernando VII). Su nieto, que escribió muchos versos, nunca se sirvió para ellos, al menos que sepamos, del bable, aunque gustaría emplearlo en algunas narraciones donde, ya en la conversación de ciertos personajes rurales,

ya en pasajes descriptivos o de otro tipo, encontrará el lector sabrosas voces dialectales bien entonadas al caso.

De entre los poetas bablistas, Clarín alaba a Teodoro Cuesta y a José Quevedo tanto como censura a Juan María Acebal; lo hace en un artículo de 1882, dedicado al elogio de la poseía de Cuesta, entrañada en el terruño y de veras popular, por lo que choca a su juicio con la erudita o académica del autor de "Cantar y más cantar", es decir, Juan María Acebal. Alas, lleno siempre de proyectos o muy generoso en sus promesas, ofrece para otra ocasión tratar más despacio del poeta Cuesta y de sus poesías, aprovechando un trabajo general sobre los elementos poéticos de nuestra vida asturiana, trabajo que, como otros muchos, no llegó a realizar. Cuando muere Cuesta manifestó en la prensa su dolor y contribuyó con el artículo "Un poeta menos" a la breve corona fúnebre que figura como apéndice en el libro póstumo *Poesías asturianas de Teodoro Cuesta* (Oviedo, 1895). El crítico recuerda como alma buena y alegre al poeta, con una inclinación decidida: el amor de su tierra, motivo principal de su poesía, en la que también se dan "ráfagas de inspiración religiosa, el estribillo del pulvis es, la congoja de la muerte y el pecado, la triaca de la fe, el refrigerio de la humildad cristiana", todo ello en un bable que destaca por su llaneza y naturalidad y que resulta "instrumento a propósito para moralizar sin aparato, adorar sin retórica y creer como los sencillos de espíritu".

¿Se llevó Cuesta a la tumba el secreto de semejante verdad y sencillez poéticas o, dicho con palabras clarinianas,

“el último grano aromático de la alegre poesía que canta como una xiblata”? No hay tal, porque en 1896, al año siguiente de morir Teodoro, tuvo ocasión nuestro crítico de mostrarse optimista al respecto ante un poema histórico de José Quevedo, en el breve prólogo que le puso. A vuelta de palabras elogiosas para la batalla del “Sao de Indio” -que así se titula el poema-, reincide Alas en la distinción opositiva entre el bable realista -subraya la palabra “realista”- y el bable estático -palabra también subrayada-, oposición que se convierte casi, casi, en un juego de buenos -los realistas- y malos -los otros-, ya que el primer tipo, el de Cuesta y Quevedo, “es el que, *efectivamente*, hablan nuestros aldeanos”, en tanto que el segundo tipo, el de Acebal, es sólo “ideal” o “académico”, creación refinada y, en buena parte, artificiosa, presunto intento de salvación destinado al fracaso. Cuesta y Quevedo, Quevedo y Cuesta, son para Clarín los que aciertan y, por lo mismo, alegran, despiertan admiración, producen la carcajada. “Cuando el autor me lo leyó (Alas se refiere al poema de Quevedo), celebré cada estrofa con un ¡bravo! o una carcajada. Aquí los primores del arte producen esa clase tan simpática de admiración…”.

Entre los amigos más íntimos de Teodoro Cuesta -perdón, de Leopoldo Alas, figuran el periodista Tomás Tuero y el narrador Juan Ochoa. Mucho estimó al primero, conocido siendo ambos adolescentes en el instituto de Oviedo, y desde entonces hasta su fallecimiento sería fiel compañero suyo, destinatario Tuero en 1878 de las “Cartas de un estudiante”, mosaico de recuerdos de Leopoldo Alas. A Tuero

dedica, en el año 1892, el volumen de novelas cortas "Doña Berta, Cuervo, Superchería", libro "el que más quiero de los míos". Su muerte, en ese mismo año 1892, le conmovió hondamente, ya que "me inicia casi en la vejez y en sus pensamientos serios y tristes". Talentoso y genial, "artista verdadero", poseedor de "rica fantasía" y de un estilo "intuitivamente correcto, noble y nervioso", así caracterizó Alas a su amigo periodista, lamentando que por pereza, dejadez, escepticismo y desconfianza no hubiera dejado muestra más abundante de sus dotes literarias.

Breve fue la vida y corta la obra de Juan Ochoa, a quien se deben tres novelas cortas y una decena de cuentos, distinguidos externamente por la suma brevedad -desde un mínimo de página a media página-, y en cuanto a su contenido, por el estilo lírico y una sentimentalidad de buena ley. Cuentos canónicos o casi, ya que cumplen el postulado que pide para este genero narrativo atención a sólo un momento en el curso de una vida, sin sobrecarga de antecedentes y consecuencias, cuentos que se aproximan por dentro y por fuera a la ley formulada por Azorín, cuando escribió que "el cuento es a la prosa lo que el soneto al verso". A Azorín precisamente, y a Catherine Mansfield, a los relatos de ambos autores es a los que se parecen, anunciándolos, en cierto modo, estas delicadas miniaturas de Ochoa que protagonizan ya un objeto irrelevante, al parecer, en su pequeñez, ya un animal, ya seres humanos tan desvalidos como el cesante de Eugenio o el cursi pueblerino versificador Ramírez. A poco de su fallecimiento, Clarín recordaría conmovido al que fuera su

amigo más constante en años de anticipada senectud para ambos:

> "Yo enfermo aprensivo, él enfermo sin aprensión, (…) nos juntábamos casi todas las mañanas de primavera y de otoño en el Campo de San Francisco, nuestro querido parque de Oviedo. (…) Alma con alma, hablábamos de Dios, de la otra vida, los dos espiritualistas, pero sin hipotecas (…) estábamos hablando de un tordo que cantaba sobre nuestras cabezas en la copa de un roble; y Ochoa relataba la historia del pájaro (…) Había que oírle describir la vida de la aldea, de nuestra aldea asturiana. Él sabía gozarla de veras, no a lo poeta lírico, sino con dulce mezcla de prosa y poesía, de utilidad y ensueño, como en las Geórgicas".

No he terminado el capítulo de paisanos y colegas contemporáneos de Leopoldo Alas, ya en bable, ya en español, ya en verso, ya en prosa, cuyas obras comentó con elogio, todavía queda referirse a Campoamor y a Palacio Valdés, los nombres más relevantes del conjunto. Pero creo que el repaso de este conjunto no sufrirá grave trastorno porque se introduzca ahora una referencia a Ceferino Suárez Bravo, bastante menos afortunado que los colegas precedentes en el trato que le dispensó el crítico Clarín.

En un "Palique" de 1887 distinguía Clarín entre el crítico aristócrata, subrayando la palabra "aristócrata", que es el que "vive prescindiendo de lo malos escritores aunque estén pasando por buenos", y el crítico demócrata -también subrayada esta palabra-, "el que desea mejorar el gusto del públi-

co grande", el que no se olvida de que "hay muchos pobres de gusto y discernimiento (entre los lectores), que están expuestos a tomar lo mediano y lo malo por bueno". Él optaba, gustosa y arriesgadamente, por la clase demócrata, y así debe explicarse el hecho de que consumiera tiempo y tiempo en el comentario de verdaderas inanidades literarias, si realzadas efímeramente por los coetáneos, destinadas a hundirse, no tardando, en el más completo de los olvidos, y decía: "El público de la posteridad nada tiene que temer (…), pero el público de hoy sí que puede recibir muy mal ejemplo con los adefesios ahora aplaudidos", y a evitar en lo posible que tal cosa suceda dirige Alas su esfuerzo.

Entre los muchos casos que pudieran aducirse como ilustración de semejante actitud, cuenta lo ocurrido en 1885, cuando un jurado de académicos de la Lengua premia con cinco mil pesetas, la novela inédita "Guerra sin cuartel", obra del escritor ovetense y político carlista Ceferino Suárez Bravo. A favor del galardón y del renombre, no sólo literario, del autor, resulta previsible el éxito de tal novela, y dada su más que mediocre calidad, resultaría un engaño para el público lector. Clarín desea avisar de ello y lo hace con reiteración -varios artículos, en "Madrid Cómico" y en "La Ilustración Ibérica"-, y diríase que los escribe con saña, de la que no se escapa la Academia, capaz de distinguir un libro que, entre otras muchas faltas, atenta gravemente contra la gramática, por lo cual bien pudiera titularse, bromea Alas, "Guerra sin cuartel a la gramática y a toda clase de literatura".

En tales artículos revela el crítico los pormenores defectuosos de la novela y en ocasiones muestra, muy por lo menudo, los dislates de orden léxico y sintáctico que contiene.

Llaman la atención del crítico las coincidencias amañadas por Suárez Bravo en el curso de la acción. "'Guerra…' –escribe– es como aquella capa que estaba llena de casualidades. Todo es pura casualidad en este libro, la providencia tiene que estar en todas partes para sacar de apuros al autor, merced a una serie de encuentros y coincidencias que parecen increíbles". Al final de la peripecia mueren (o han muerto antes) los malos, y logran los buenos la felicidad ansiada; unos y otros, malos y buenos, son caracteres de una pieza, monolíticos, sin fisuras ni matices, pues –dice Alas- "el autor no tiene tiempo de andarse en análisis ni en psicología". Añádase el empleo de un muy tranquilizador recurso: "Cuando no sabe el autor cómo describir alguna cosa, suplica al lector que se la figure: 'renunciemos a pintar aquí', o 'no hay qué describir', o 'no necesita el lector que le digamos', o 'dejemos a la discreción del lector suponer', etcétera, etcétera (…)".

En lo que atañe al estilo, la novela ofrece abundante muestrario de "párrafos vulgares, amazacotados, llenos y rellenos de frases hechas, cursis y sobadísimas; de adjetivos gárrulos e incoloros, de sustantivos abstractos, de muletillas prosaicas y ridículas".

La posteridad, con su olvido de la novela de Suárez Bravo, un olvido total, ha dado la razón a nuestro crítico demócrata.

Hecho este intermedio de gran negatividad, sigamos con lo elogioso y positivo. Primero, Palacio Valdés, luego, Campoamor.

Fue el periodista Andrés Miralles quien, a la altura de 1887, puso en duda la imparcialidad del crítico Clarín, mostrando como prueba sus reiterados elogios al novelista Palacio Valdés, todo lo más, según Miralles, una medianía.

Casi a vuelta de correo, le respondió el aludido, es decir, Clarín, no Palacio Valdés, aclarando de una vez por todas su proceder en el caso planteado, proceder más bien incómodo para el crítico y desfavorable a veces para el criticado, pues se pregunta Alas: "¿Qué le ha valido a Palacio Valdés esa amistad? Que yo, por egoísmo, le haya alabado menos que merece casi siempre; en cambio los reparos que he puesto a sus escritos –que en efecto le puso- han servido para que alguien dijera: '¡Y esto, señores, lo escribe un amigo suyo!' Valiente negocio ha hecho Armando Palacio con mis críticas…"

Conozcamos la opinión de Clarín sobre cuatro libros novelescos de don Armando, que son "Marta y María", "El idilio de un enfermo", "Riberita" y, por último "La hermana Sansulpicio".

"La hermana Sansulpicio" (1889), a nuestro crítico le pareció claramente bien, y lo manifestó así cuando recomienda a los posibles lectores que compren y lean esta novela, pues en ella hay algo de la maestría que consiste en dar con la transparente impresión de un gran sentimiento, sea

rodeándola de circunstancias extraordinarias o sea valiéndose de formas comunes y dejando al misterio de la gracia artística la eficacia de la impresión producida.

Destaca el hecho de que el argumento está integrado por elementos tan valiosos, pero tan peligrosos en su tratamiento, como Sevilla, el sol, el amor, pero ocurre que don Armando sabe tratarlos con la debida justeza y con suma habilidad, y por eso esta novela merece el franco elogio del crítico, del crítico que en el año 1900, en un artículo panorámico sobre nuestra literatura, publicado en una revista parisina, al hablar de la novela, elogiaba a Palacio Valdés como un novelista ya hecho, de cuerpo entero, que figuraba, no ya como una esperanza, sino como una realidad, comparable con los máximos de entonces: pensemos por ejemplo en una Emilia Pardo Bazán o, sobre todo, en un Galdós.

Pasamos, para finalizar ya, a Campoamor, cuyo centenario también se celebra este año.

Se ha dicho más de una vez, y en son de reproche, que Clarín, tan valiente y mordaz en ocasiones, fue cobarde y conformista ante los consagrados, cuya nombradía respetó siempre, y en cuyos altares tributó el incienso de su aplauso.

No estará de más una matización al respecto, ya que nuestro crítico no se encontró con una estimación impuesta, sino que ayudó convencidamente a su imposición, pero no solía quedarse callado a la hora de hacer reparos o de mostrar desacuerdos.

Hay además una legítima explicación del caso. Que tuviera elogios para Galdós, Núñez de Arce, Echegaray, Menéndez Pelayo, Valera, Pereda o Campoamor, resulta naturalísimo, habida cuenta de que ellos eran entonces las cimas literarias. Mostrar sus méritos, alegrarse de los aciertos, enfrentarse con la conspiración del silencio de la que a veces eran sufridas víctimas, prepararles una acogida más amplia y cálida, constituía un deber de justicia crítica, y a su modo un servicio a España, no por miedo de ir contracorriente, ni tampoco por pereza mental, fue Clarín respetuoso con los consagrados, pues "yo soy –decía- de los que creen en las jerarquías invisibles".

Con alguna frecuencia dejó constancia Alas de la admiración que sentía por Campoamor, que además de buen poeta, poeta de veras o poeta completo, le parecía, junto a Valera, el hombre más listo de España en aquel tiempo, en nuestra República de las Letras.

Entre las cualidades que abonaban para Alas la integridad o "completez" de Campoamor como poeta, cuenta su inmarchita juventud, apenas afectada por el paso de los años, o la inexhausta capacidad imaginativa, que le permitía sorprender casi siempre como un poeta nuevo, o al menos no repetirse.

Pero a Clarín, que tanto celebraba las ingeniosas ocurrencias campoamorinas, le parece que el poeta se equivoca cuando abusa del procedimiento. "Desearía yo que hubiese menos sentencia, menos arranques geniales de la gracia y de la malicia, menos frases felices, menos ingenio, en suma, y

lo querría porque reconozco que algo pierden la sencillez y el interés con ello".

Más conocida que la obra en prosa de Campoamor o que su teatro -alguna referencia y algún comentario a una y otro encontramos en nuestro crítico- es su poesía –"Doloras", "Humoradas", "Pequeños poemas" y los tres poemas más extensos-, conjunto acerca del cual escribió en repetidas ocasiones Clarín y siempre o casi siempre el elogio preside sus opiniones. Estima, por ejemplo, que los pequeños poemas son "la poesía de lo pequeño, de lo pequeño a los ojos de los distraídos, del vulgo, de los pocos delicados; constituyen una especie poética dentro de la que, por el tono y estilo, hay pequeños poemas dramáticos, lírico-dramáticos y epicolíricos". Repara particularmente en "Los buenos y los sabios", en "Cómo rezan las solteras" o en "Los amores de una santa", poema éste donde personajes mayores y menores, determinadas situaciones, las cartas que se dirigen los amantes, la originalidad y profundidad de los pensamientos sustentadores y su expresión, "precisa, rápida, son algunos de los logros más destacados". Junto a tales elogios va algún reparo a propósito de la forma, pues según Alas "debiera Campoamor desterrar de sus poemas ese cúmulo de consonantes vulgarísimos, esas asonancias molestas y esos giros prosaicos, los adverbios y las oraciones de gerundio en que tan lamentablemente abunda".

Como resultado final de estos y de otros comentarios se obtiene una visión de la poesía campoamorina en la que hacen acto de presencia aspectos como los siguientes: la apro-

ximación posible en la práctica poética de la lírica al naturalismo, antinomia sólo aparente a la cual daría solución satisfactoria Campoamor en poemas como el citado “Los buenos y los sabios”; el ensalzamiento de lo pequeño y supuestamente insignificante como material apto para su tratamiento en la poesía, el empleo de una expresión que dista mucho del convencional lenguaje poético y se acerca a, o coincide con, el cotidiano; su condición de humorista, que tantas veces se manifiesta caprichosamente en esas salidas u ocurrencias que sorprenden a los lectores; la condición de pensador, que en la práctica se manifiesta merced a las digresiones que, ya a su cargo, ya en boca de los personajes, hay en los poemas campoamorinos breves y extensos, obra de un pensador (estima Alas) dueño de “la rara habilidad de pensar en verso”.

Una larga amistad en el tiempo, intensa y cordial, fue la que unió al poeta Ramón de Campoamor y a su crítico Leopoldo Alas, pese a cualesquiera diferencias -de edad, temperamento, ideología- que pudieran afectarla. Murió don Ramón el 12 de febrero de 1901 y meses después (13 de junio) fallecía don Leopoldo Alas; éste, ya envejecido (pese a su joven edad: no había cumplido los 50 años) y enfermo, se sobrepuso a todo y quiso expresar públicamente el dolor que sentía participando en la velada necrológica homenaje al amigo muerto (teatro Campoamor de Oviedo, el día 27 de febrero).

Y llegamos al final.

He delimitado ante ustedes un espacio cronológico -entre 1883 y 1901- y puesto de relieve una especial situación geográfica -residencia de Alas en Oviedo-, literaria -crítico prestigioso y atendido- y anímica -hombre cansado y enfermo- de nuestro personaje, Leopoldo Alas, "Clarín", para quien los escritores asturianos contemporáneos -en español y en bable- son casos como otros cualesquiera. Cercanos unos en la amistad y en la vecindad, amigos otros pero más lejanos en el espacio, lejanísimo alguno porque afecta a su literatura, el crítico Leopoldo Alas reacciona negativamente. Todos ellos sirven para ilustrar actitudes del crítico ante los escritores consagrados, ante los escritores amigos, ante los hechos engañosos, y revela, finalmente, algo de su idiosincrasia.

Nada más, muchas gracias.

Junta General
del Principado de Asturias